

La historia oculta del versículo cuarenta: número veintidós

Ezequiel número tres

Jeff Pippenger

2026-08-08

Ezequiel es sacerdote durante el período del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil. En el capítulo uno, Ezequiel es llevado al santuario.

Aconteció en el año trigésimo, en el mes cuarto, a los cinco días del mes, que, estando yo entre los cautivos junto al río Quebar, los cielos fueron abiertos, y vi visiones de Dios. A los cinco días del mes, que era el quinto año de la cautividad del rey Joaquín, vino expresamente palabra de Jehová a Ezequiel sacerdote, hijo de Buzi, en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar; y allí estuvo sobre él la mano de Jehová.

Y miré, y he aquí que un torbellino venía del norte, una gran nube, y un fuego que se envolvía en sí mismo, y un resplandor alrededor de él; y en medio de él, algo semejante al color del ámbar, en medio del fuego. Y del medio de él salía la figura de cuatro seres vivientes. Y este era su aspecto: tenían semejanza de hombre. Y cada uno tenía cuatro rostros, y cada uno cuatro alas. Y sus pies eran pies derechos; y la planta de sus pies era como la planta del pie de un becerro; y resplandecían como el color del bronce bruñido. Y tenían manos de hombre debajo de sus alas a sus cuatro lados; y los cuatro tenían sus rostros y sus alas. Sus alas estaban unidas la una a la otra; no se volvían cuando andaban; cada uno caminaba derecho hacia adelante. En cuanto a la semejanza de sus rostros, los cuatro tenían rostro de hombre, y rostro de león al lado derecho; y los cuatro tenían rostro de buey al lado izquierdo; los cuatro tenían asimismo rostro de águila. Así eran sus rostros; y sus alas estaban extendidas por encima; dos alas de cada uno estaban unidas una a la otra, y dos cubrían sus cuerpos.

Y cada uno marchaba de frente hacia adelante; adonde el espíritu había de ir, iban; y no se volvían cuando iban. En cuanto a la semejanza de los seres vivientes, su aspecto era como de carbones de fuego encendidos, y como apariencia de lámparas; aquello se movía de un lado a otro en medio de los seres vivientes; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos. Y los seres vivientes corrían y volvían, con aspecto de destello de relámpago. Mientras yo contemplaba los seres vivientes, he aquí una rueda sobre la tierra junto a los seres vivientes, con sus cuatro rostros. El aspecto de las ruedas y su hechura era semejante al color del berilo; y las cuatro tenían una misma semejanza; y su aspecto y su hechura eran como si una rueda estuviese en medio de otra rueda. Cuando andaban, andaban hacia sus cuatro lados; y no se volvían cuando andaban. En cuanto a sus aros, eran tan altos que infundían espanto; y sus aros estaban llenos de ojos alrededor en las cuatro. Y cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los seres vivientes se alzaban de la tierra, las ruedas se alzaban. Adondequiera que el espíritu había de ir, iban, adonde el espíritu había de ir; y las ruedas se alzaban frente a ellos; porque el espíritu del ser viviente estaba en las ruedas.

Cuando aquellos andaban, estos andaban; y cuando aquellos se detenían, estos se detenían; y cuando aquellos eran alzados de la tierra, las ruedas se alzaban frente a ellos, porque el espíritu del ser viviente estaba en las ruedas. Y la semejanza del firmamento sobre las cabezas del ser viviente era como el color de un cristal terrible, extendido sobre sus cabezas por encima. Y debajo del firmamento sus alas estaban derechas, la una hacia la otra; cada uno tenía dos que cubrían por este lado, y cada uno tenía dos que cubrían por aquel lado, sus cuerpos. Y cuando andaban, oí el sonido de sus alas, como el sonido de muchas aguas, como la voz del Todopoderoso, voz de estruendo, como el sonido de un ejército; cuando se detenían, bajaban sus alas. Y hubo una voz desde el firmamento que estaba sobre sus cabezas, cuando se detenían y habían bajado sus alas. Y sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas había la semejanza de un trono, como la apariencia de una piedra de zafiro; y sobre la semejanza del trono había una semejanza con apariencia de hombre sobre él. Y vi como el color del ámbar, como apariencia de fuego alrededor por dentro de él, desde la apariencia de sus lomos para arriba; y desde la apariencia de sus lomos para abajo, vi como apariencia de fuego, y tenía resplandor alrededor. Como la apariencia del arco que está en la nube el día de lluvia, así era la apariencia del resplandor alrededor. Esta fue la apariencia de la semejanza de la gloria del Señor. Y cuando la vi, caí sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba. Ezequiel 1:1–28.

«Ezequiel, el profeta exiliado y entristecido, en la tierra de los caldeos, recibió una visión que enseñaba la misma lección de fe en el poderoso Dios de Israel. Mientras estaba junto a las riberas del río Quebar, pareció venir del norte un torbellino, “una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de ella un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía de color de ámbar”. Un número de ruedas de extraña apariencia, que se entrecruzaban unas con otras, eran movidas por cuatro seres vivientes. Muy por encima de todo ello estaba “la figura de un trono, con apariencia de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él”. “En cuanto a la semejanza de los seres vivientes, su aspecto era como de carbones de fuego encendidos, como apariencia de antorchas; el fuego se movía de un lado a otro entre los seres vivientes; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos”. “Y apareció en los querubines la forma de una mano de hombre debajo de sus alas.”»

«Había ruedas dentro de ruedas en una disposición tan complicada que, a primera vista, le parecieron a Ezequiel estar en completa confusión. Pero cuando se movían, era con hermosa exactitud y en perfecta armonía. Seres celestiales impulsaban aquellas ruedas, y, por encima de todo, sobre el glorioso trono de zafiro, estaba el Eterno; mientras que alrededor del trono se hallaba el arco iris que lo circundaba, emblema de gracia y amor. Abrumado por la terrible gloria de la escena, Ezequiel cayó sobre su rostro, cuando una voz le mandó que se levantara y oyera la palabra del Señor. Entonces le fue dado un mensaje de amonestación para Israel».

Testimonies, 751.

En el año en que murió el rey Uzías, vi yo también al Señor sentado sobre un trono, alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él estaban los serafines; cada uno tenía seis alas: con dos cubría su rostro, con dos cubría sus pies, y con dos volaba. Y el uno daba voces al otro, diciendo: Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la

casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! porque soy muerto; porque siendo hombre de labios inmundos, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, al Señor de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios; y es quitada tu iniquidad, y limpio tu pecado. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí; envíame a mí. Isaías 6:1–8.

“Esta visión fue dada a Ezequiel en un tiempo en que su mente estaba llena de sombríos presentimientos. Veía la tierra de sus padres yacer desolada. La ciudad que en otro tiempo estuvo llena de gente ya no estaba habitada. La voz de la alegría y el cántico de alabanza no se oían más dentro de sus muros. El mismo profeta era un extranjero en tierra extraña, donde la ambición desenfrenada y la crueldad salvaje reinaban supremas. Lo que veía y oía de la tiranía y la injusticia humanas afligía su alma, y lloraba amargamente día y noche. Pero los maravillosos símbolos presentados delante de él junto al río Quebar revelaban un poder soberano más poderoso que el de los gobernantes terrenales. Por encima de los orgullosos y crueles monarcas de Asiria y Babilonia, el Dios de misericordia y verdad estaba entronizado.

Las complicaciones semejantes a ruedas que al profeta le parecían envueltas en tal confusión estaban bajo la dirección de una mano infinita. El Espíritu de Dios, revelado ante él como Aquel que movía y dirigía esas ruedas, sacó armonía de la confusión; así, el mundo entero estaba bajo Su control. Miriadas de seres glorificados estaban listas, a Su palabra, para prevalecer sobre el poder y la política de los hombres malos, y traer bien a Sus fieles.

“De igual manera, cuando Dios estaba por abrir al amado Juan la historia de la iglesia para las edades futuras, le dio una seguridad del interés y cuidado del Salvador por su pueblo al revelarle a ‘Uno semejante al Hijo del hombre’, andando en medio de los candeleros, que simbolizaban las siete iglesias. Mientras a Juan se le mostraban las últimas grandes luchas de la iglesia con los poderes terrenales, también se le permitió contemplar la victoria final y la liberación de los fieles. Vio a la iglesia llevada a un conflicto mortal con la bestia y su imagen, y la adoración de aquella bestia impuesta bajo pena de muerte. Pero, mirando más allá del humo y estruendo de la batalla, contempló a una compañía sobre el monte Sion con el Cordero, que tenía, en lugar de la marca de la bestia, el ‘nombre del Padre escrito en sus frentes’. Y otra vez vio a ‘los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia, y sobre su imagen, y sobre su marca, y sobre el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, teniendo las arpas de Dios’ y cantando el cántico de Moisés y del Cordero.”

“Estas lecciones son para nuestro beneficio. Necesitamos afirmar nuestra fe en Dios, porque está justamente delante de nosotros un tiempo que probará las almas de los hombres. Cristo, en el Monte de los Olivos, repasó los juicios espantosos que habían de preceder su segunda venida: ‘Oiréis de guerras y rumores de guerras.’ ‘Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá hambres, pestilencias y terremotos en diversos lugares. Y todo esto será principio de dolores.’ Aunque estas profecías tuvieron un cumplimiento parcial en la destrucción de Jerusalén, tienen una aplicación más directa a los últimos días.

«Estamos en el umbral de acontecimientos grandes y solemnes. La profecía se está cumpliendo rápidamente. El Señor está a la puerta. Pronto se abrirá ante nosotros un período de interés abrumador para todos los vivientes. Las controversias del pasado serán reavivadas; surgirán nuevas controversias. Las escenas que han de representarse en nuestro mundo aún ni siquiera se han soñado. Satanás está obrando por medio de instrumentos humanos. Los que están haciendo un esfuerzo por cambiar la Constitución y asegurar una ley que imponga la observancia del domingo poco comprenden cuál será el resultado. Una crisis está precisamente sobre nosotros.»

“Pero los siervos de Dios no han de confiar en sí mismos en esta gran emergencia. En las visiones dadas a Isaías, a Ezequiel y a Juan vemos cuán estrechamente está conectado el cielo con los acontecimientos que tienen lugar en la tierra, y cuán grande es el cuidado de Dios por aquellos que le son leales. El mundo no está sin gobernante. El programa de los acontecimientos venideros está en las manos del Señor. La Majestad del cielo tiene bajo su propio cuidado el destino de las naciones, así como los asuntos de su iglesia.

“Nos permitimos sentir enteramente demasiada preocupación, afán y perplejidad en la obra del Señor. Los hombres finitos no son dejados para llevar la carga de la responsabilidad. Necesitamos confiar en Dios, creer en Él y seguir adelante. La incansable vigilancia de los mensajeros celestiales, y su incesante ocupación en su ministerio en relación con los seres de la tierra, nos muestran cómo la mano de Dios está guiando la rueda dentro de la rueda. El Instructor divino está diciendo a cada actor en Su obra, como dijo a Ciro en tiempos antiguos: ‘Te ceñí, aunque tú no me conociste’.”

“En la visión de Ezequiel, Dios tenía su mano debajo de las alas de los querubines. Esto tiene por objeto enseñar a Sus siervos que es el poder divino el que les da éxito. Él obrará con ellos si apartan la iniquidad y llegan a ser puros de corazón y de vida.

“La luz resplandeciente que iba entre los seres vivientes con la rapidez del relámpago representa la celeridad con que esta obra avanzará finalmente hasta su consumación. Aquel que no dormita, que continuamente obra para el cumplimiento de Sus designios, puede llevar adelante Su gran obra en armonía. Aquello que a las mentes finitas parece enredado y complicado, la mano del Señor puede mantenerlo en perfecto orden. Él puede idear caminos y medios para frustrar los propósitos de los hombres impíos, y reducirá a confusión los consejos de quienes traman maldad contra Su pueblo.

“Hermanos, no es ahora tiempo de duelo y desesperación, no es tiempo de ceder a la duda y a la incredulidad. Cristo no es ahora un Salvador en el sepulcro nuevo de José, cerrado con una gran piedra y sellado con el sello romano; tenemos un Salvador resucitado. Él es el Rey, el Señor de los ejércitos; está sentado entre los querubines; y en medio de la contienda y el tumulto de las naciones, todavía guarda a Su pueblo. Aquel que gobierna en los cielos es nuestro Salvador. Él mide cada prueba. Vigila el fuego del horno que ha de probar a cada alma. Cuando las fortalezas de los reyes sean derribadas, cuando las saetas de la ira de Dios atraviesen los corazones de Sus enemigos, Su pueblo estará seguro en Sus manos”.

Testimonios, tomo 5, 752–754.

Ezequiel representa a los candidatos para estar entre los ciento cuarenta y cuatro mil, y línea sobre línea su experiencia en el santuario se alinea con la experiencia de Isaías y de Juan dentro del santuario. Ahora estamos en la prueba del templo, la segunda de las tres pruebas que sellan a los ciento cuarenta y cuatro mil. Ese período es la purificación llevada a cabo por el Mensajero del Pacto en cumplimiento de Malaquías tres. El proceso de purificación de tres pruebas es el «horno» ardiente de Malaquías «que debe probar a toda alma». Cuando el tercer ángel llegó el 22 de octubre de 1844, el Mensajero del Pacto vino de repente a Su templo y condujo a las vírgenes prudentes de esa historia al Lugar Santísimo, a fin de sellar a Sus fieles; pero las vírgenes de esa historia se rebelaron, y para 1856 el movimiento milerita filadelfiano se había transformado en el movimiento milerita laodicense y, en 1863, llegó a ser la iglesia adventista del séptimo día laodicense.

El tercer ángel que llegó súbitamente el 22 de octubre de 1844 retiró su presencia en 1863, y luego regresó el 11 de septiembre de 2001. Veinticinco años después, la prueba del templo que fue tipificada por el 22 de octubre de 1844 se está repitiendo ahora. Veinticinco es simbólicamente un diezmo profético de doscientos cincuenta, y doscientos cincuenta es un símbolo de la historia representada en los versículos once al quince de Daniel once. Doscientos cincuenta, y veinticinco, es una rueda dentro de la visión del santuario de Ezequiel. Veinticinco es un símbolo de la separación de los sabios y los impíos en cumplimiento del proceso de prueba de tres pasos que está representado en la obra de purificación que lleva a cabo el Mensajero del Pacto.

Mateo veinticinco contiene tres parábolas, y cada parábola identifica la separación de los sabios y los impíos en el tiempo del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil. La esperanza del pueblo de Dios representada en el capítulo es que puedan ser una virgen prudente en posesión del aceite del mensaje del clamor de medianoche. Su esperanza es que sean juzgados como un siervo fiel en su mayordomía al emplear los talentos especiales que les fueron dados para administrar durante su período personal de prueba. Su esperanza es que sean juzgados como oveja del prado de Dios, sentados a su diestra, y no como cabra a su izquierda. Veinticinco es un símbolo de la separación de los sabios y los impíos en el tiempo del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil. Veinticinco es una de las ruedas de Ezequiel.

En el año vigésimo quinto de nuestro cautiverio, al principio del año, a los diez días del mes, en el año decimocuarto después que la ciudad fue herida, en ese mismo día la mano del Señor estuvo sobre mí, y me llevó allá. Ezequiel 40:1.

El vigésimo quinto año del cautiverio está representado por el 22 de octubre, el cual está representado por el cierre de una puerta dispensacional. El 22 de octubre de 1844 se abrió una puerta y se cerró una puerta, al ser separadas dos clases.

Y escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre, y ninguno cierra; y cierra, y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque tienes poca fuerza, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. Apocalipsis 3:7, 8.

Cristo le dice al ángel de Filadelfia que Él conoce sus obras, y que ha puesto delante de la iglesia de Filadelfia una puerta abierta. Esa puerta es abierta por «la llave de David», la llave que es puesta

sobre Eliaquim.

Y acontecerá en aquel día, que llamaré a mi siervo Eliaquim hijo de Hilcías; y lo vestiré con tu túnica, y lo ceñiré con tu cinto, y entregaré en su mano tu autoridad; y será padre para los habitantes de Jerusalén, y para la casa de Judá. Y pondré sobre su hombro la llave de la casa de David; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá. Isaías 22:20–22.

El día en que Eliacim es llamado, es separado del impío Sebna.

Así ha dicho el Señor Dios de los ejércitos: Ve, entra a este tesorero, a Sebna, que está sobre la casa, y dile: ¿Qué tienes tú aquí, o a quién tienes aquí, para que te hayas labrado aquí sepulcro, como quien se labra sepulcro en lugar alto, y se esculpe morada para sí en la peña? He aquí, el Señor te transportará en duro cautiverio, y de cierto te cubrirá. Ciertamente te hará rodar y te lanzará como una bola a tierra espaciosa; allí morirás, y allí estarán los carros de tu gloria, vergüenza de la casa de tu señor. Isaías 22:15–18.

La separación de las vírgenes prudentes y fatuas que cumplió la ilustración de Sebna y Eliaquim se cumplió el 22 de octubre de 1844, y también en el vigésimo quinto año del cautiverio de Joaquín, que fue el 22 de octubre de 573 a. C. En Ezequiel capítulo ocho, los impíos dentro del adventismo, representados por Jerusalén, son representados por veinticinco hombres postrándose ante el sol. La destrucción de Jerusalén representa la ley dominical, que es también el hito que pone fin al tiempo del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil. Ese tiempo de sellamiento comenzó el 11 de septiembre de 2001, y Jesús es tanto el Alfa como la Omega, de modo que el 11 de septiembre de 2001, como comienzo del sellamiento, ilustra el fin, en la ley dominical.

El 11 de septiembre de 2001 fue tipificado por las reuniones de Minneapolis de 1888, pues la Hermana White identifica que, cuando los grandes edificios de Nueva York cayeron el 11-S, se cumplió Apocalipsis 18:1–3. En aquel tiempo, así como en 1888, ella identificó que el ángel de Apocalipsis dieciocho descendió para alumbrar la tierra con Su gloria. La rebelión de 1888 la alineó con la rebelión de Coré, Datán y Abiram, quienes también tuvieron a doscientos cincuenta hombres de renombre que se unieron a su apostasía. Los doscientos cincuenta rebeldes de la rebelión de Coré y sus cohortes en la historia inicial del antiguo Israel tipificaban a los veinticinco hombres que se inclinaban ante el sol en la historia final del antiguo Israel.

Veinticinco dirigentes del adventismo laodicense inclinándose ante la ley dominical y doscientos cincuenta ante el 11 de septiembre presentan el tiempo del sellamiento con el simbolismo de veinticinco, (el símbolo de la separación de los sabios y los impíos) para señalar el comienzo y el fin del tiempo del sellamiento. Ya se trate de los doscientos cincuenta rebeldes en el tiempo de Moisés, o de los veinticinco hombres en Ezequiel capítulo ocho, o de los tres testigos de la separación en Mateo capítulo veinticinco, o del año veinticinco del cautiverio en Ezequiel cuarenta; todas las manifestaciones del símbolo de veinticinco se alinean con los tres períodos de doscientos cincuenta años que llegaron a su conclusión en 207 a. C., 313 y 2026, respectivamente.

Veinticinco es, por así decirlo, un eje de veinticinco que lleva todas las líneas de veinticinco a la perfección. Llega a ser una de las llaves proféticas del reino dadas a Pedro para aportar claridad a la historia oculta del versículo cuarenta. Se ha establecido repetidamente, por más de tres testigos,

que los versículos diez al quince de Daniel once representan una línea que abarca la historia desde 1989 hasta la ley dominical, la cual es la historia oculta del versículo cuarenta. El León de la tribu de Judá está ahora quitando los sellos de las ruedas de Ezequiel mientras abre la historia oculta que dará culminación al mensaje del Clamor de Medianoche de los postreros días.

En los siguientes artículos continuaremos identificando las ruedas de Ezequiel, que representan la compleja interacción de los hombres en los postreros días. Ezequiel capítulo uno, presentado al comienzo de este artículo, y el pasaje acompañante de Testimonios, tomo cinco, serán nuestro continuo punto de referencia a medida que avancemos en los artículos. Cuando las ruedas sean presentadas en su debido lugar, y con sus debidas intersecciones con las otras ruedas de la historia profética, demostraremos que los trescientos noventa y un años y quince días que dieron poder al primer ángel el 11 de agosto de 1840 también están representados por Ezequiel como trescientos noventa años, vinculados con el año y medio del sitio de Jerusalén; y que la llegada de esta luz profética identifica el levantamiento del estandarte de los ciento cuarenta y cuatro mil.

El 27 de julio de 1299 hasta 1337 representa treinta y ocho años al comienzo de los ciento cincuenta años (cinco meses) de Apocalipsis nueve, versículo diez. Esos ciento cincuenta años se conectan con los trescientos noventa y un años y quince días del versículo quince. Así, el comienzo de los dos períodos constituye una sola línea de profecía que concluyó en el cumplimiento de la predicción de Josiah Litch de 1838 y 1840, y señaló el levantamiento y fortalecimiento del movimiento millerita. Esa historia al comienzo del adventismo señala el levantamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil como estandarte antes de la ley dominical. Así, los trescientos noventa años de Ezequiel y un punto cinco años (1.5) del asedio de Jerusalén señalan el fin de la línea de profecía que comenzó en 1299.

Sería provechoso considerar de antemano, antes del próximo artículo, el pasaje de Testimonios, tomo cinco.